

Narrar de nuevo: escribir la historia desde las mujeres zapatistas

Presentamos a continuación dos miradas de la obra *Des-ordenando el género/¿Des-centrando la nación? El zapatismo de las mujeres indígenas y sus consecuencias*, de Márgara Millán, donde se narra la historia desde la visión de las mujeres zapatistas, la de Daniel Inclán y la de Roberta Priscila Cedillo Hernández.

Daniel Inclán*

La experiencia que se transmite de boca en boca es la fuente de la que se han servido todos los narradores.
Walter Benjamin, *El narrador*

Volver a contar una historia no es repetir los argumentos ni los contenidos ni los personajes, es presentar una manera renovada de pensar, entender y presentar hechos. Narrar de nuevo presupone un compromiso con la enunciación, con el cambio de perspectivas de lo que hasta entonces se ha dicho; hurgar por el sentido siempre inacabado de los procesos, un sentido que está llamando constantemente a completarse, que convoca a una actualización de la mirada.

Esa es la primera tarea que se percibe del trabajo de Márgara Millán: el libro no cuenta un fragmento de la historia del neozapatismo sino que cambia el punto de observación, lo descentra, no para ver una imagen en perspectiva sino muchos planos en una compleja superficie histórica. Atender al lugar que juegan mujeres en la construcción del neozapatismo no es una operación de adición, por el contrario, nos ofrece una puerta para replantear la historia del zapatismo, para pensar en la pluralidad de esa lucha unificada.

En *Des-ordenando el género...* encontramos, ante todo, una operación historizante que permite reconstruir a contrapelo la historia neozapatista. En esta operación el papel de los pequeños detalles es tan importante como el de las grandes transformaciones, tanto las vidas singulares como la vida de las masas organizadas

* Historiador y doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM. Líneas de investigación: filosofía de la historia latinoamericana contemporánea, violencia y geopolítica. E-mail: <ttessiss@gmail.com>.

para la lucha. El trabajo logra mantener la tensión entre la perspectiva diacrónica y la sincrónica, entre las dimensiones biográficas y los cambios epocales que sintetiza la revolución indígena en Chiapas.

El ciclo político desde el que se analiza el surgimiento del zapatismo ya prefigura una manera distinta de pensar y presentar el problema. Al hacer la reconstrucción de las transformaciones político-culturales que están detrás de la revuelta indígena, Mágina Millán ofrece una aproximación *sui generis* que sabe recuperar de la tradición crítica trabajos producidos para explicar otros procesos mexicanos, pero que ayudan a entender el levantamiento neozapatista. Ésta no es una operación ecléctica, más bien se opera a la manera del detective: por analogías, comparando lo que se parece pero no es lo mismo, poniendo atención a los detalles, en las continuidades y variaciones dentro de la escala nacional. No es extraño que un trabajo de Armando Bartra escrito en los años ochenta del siglo xx sobre Guerrero se recupere para interpretar los sucesos de 1994 en Chiapas. Acá subyace otra sutil operación histórica: la lectura comprometida con la tradición crítica mexicana y latinoamericana, lo que demuestra una elección epistemológica que intenta salir de las modas académicas y de las interpretaciones canónicas.

Por otro lado, la parte medular del trabajo, la que se elabora a partir del testimonio de las mujeres zapatistas, presenta una operación analítica y expositiva que ayudará mucho a superar las trampas del testimonio como criterio absoluto de verdad. El libro no habla por las mujeres zapatistas, tampoco las traduce, ni mucho menos juega una operación de ventriloquia; habla junto a ellas, recupera su voz para construir un diálogo que permite interpretar y reconstruir de otra manera la historia del neozapatismo. La voz de la autora juega en un nivel de compromiso y de equidad con las voces de las compañeras zapatistas. Brotan las enseñanzas de Carlos Lenkersdorf: escuchar antes que hablar, como principio del diálogo.

Desde este diálogo plural, heterónimo, plurilingüe, se puede percibir el interior del proceso de construcción del proyecto de autodeterminación indígena. La unidad de la diferencia que es el neozapatismo se manifiesta en las voces que lo integran, que lo llenan de significaciones y de realizaciones materiales concretas. La multiplicidad de voces también permite reconocer las contradicciones del proceso, que no son sólo en términos del proyecto político, de la realización cabal o no de los postulados; lo que nos presenta son las contradicciones de la vida cotidiana, de las bases materiales que día a día se reproducen para sostener el movimiento indígena.

Las contradicciones de las que se habla en el libro no son neutras, expresan claras diferencias de género y de edad. Aquello que puede mirarse ingenua o idealistamente, Mágina Millán lo presenta como una contradicción vital, como relaciones contenciosas en las que la vida diaria tiene que desarrollarse. Leer el libro deja claro que la pelea

por el mundo posible también se despliega al interior de las comunidades, y esa es una de las grandezas del neozapatismo: su autocrítica.

El diálogo que construye la autora permite trasladar a otros mundos de la vida los sucesos complejos que se viven diariamente en las comunidades de base. El libro nos cuenta los resultados de un viaje geográfico y vital, lleva experiencias a otros que no las han vivido para poder cuestionar las vidas propias. Aquí las palabras no ilustran, explican; no representan, construyen; no resuelven, aconsejan; no dan cuenta de un tiempo por venir, sino de una utopía espacializada.

Este libro es resultado de una práctica artesanal, una larga cadena de sucesos singulares y plurales a la vez, diferentes e idénticos entre sí; que son unidos en cadenas sucesivas de interpretaciones y explicaciones, que no concluyen de una vez y para siempre el problema, sino que dejan puertas abiertas para profundizar, descartar o polemizar con las interpretaciones. Es fiel a la forma zapatista de la política: caminar preguntando. Responde a afinidades electivas de la autora con el zapatismo, pero no por eso es un texto ingenuo o panfletario; nos demuestra que la crítica no está peleada con la simpatía, que se puede creer en y apoyar procesos de transformación de la vida colectiva con una actitud crítica. Es una muestra del compromiso político del hacer académico en tiempos de crisis.

De la lectura de esta obra surgen dudas fundamentales, no sólo sobre el zapatismo: ¿hay una operación historiográfica en femenino?; ¿se puede contar la historia del zapatismo y, por qué no, del mundo, desde las mujeres?; ¿qué historias saldrán de esas maneras de contar? Antes que poder responder afirmativa o negativamente a estas preguntas, tendríamos que aprender de este libro a narrar la vida y su dignidad, la lucha y la alegría de la existencia.

*Roberta Priscila Cedillo Hernández***

En *Des-ordenando el género/¿des-centrando la nación?...*, la autora sostiene que toda descripción etnográfica no sólo es dialógica sino que conduce a un juego de espejos. La descripción del otro, de la otra –esa imagen que se ensaya a través de la palabra– le devuelve al investigador o investigadora su propio reflejo, pero al hacerlo lo trastoca, y lo modifica. En ese juego de espejos se instalan las distancias entre quienes observan y aquellos que son observados, pero también hace posible las identificaciones mutuas. Es decir, las imágenes devueltas por los espejos propician

** Socióloga. Estudiante del doctorado en Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Profesora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa. Líneas de investigación: sociología del cuerpo y la afectividad, estudios de género y teoría social. E-mail: <pricha07061983@hotmail.com>.

procesos reflexivos respecto a las distancias que nos separan, sí, pero también respecto a la posibilidad de tender puentes que nos vinculen, pese a las diferencias. Y con ello, es posible reacomodar la imagen propia.

Bajo esta idea, recupero algunas anotaciones a propósito del libro de Márgara Millán, en aras de extender una invitación para su lectura y discusión. En esta investigación, el movimiento neozapatista aparece como un espejo que cuestiona los cimientos de las representaciones y las prácticas instituidas no sólo sobre lo indígena, sino también y fundamentalmente a propósito del ordenamiento de género, y esto, en distintos ámbitos. La autora nos recuerda entonces cómo el EZLN interpeló a la nación mexicana y a los feminismos mexicanos, por una parte, pero también a la propia comunidad, y a sus mujeres, por la otra. La imagen devuelta por el espejo neozapatista develó los cimientos a través de los cuales lo miramos y nos convocó a reexaminar dichos fundamentos. Veamos brevemente este juego de imágenes que el libro nos ofrece.

–Primer juego. El espejo neozapatista frente al Estado-nación mexicano

La irrupción neozapatista en el campo de lo político supuso un trastocamiento de las representaciones y las prácticas instituidas por el Estado-nación mexicano (o mejor dicho, nación de Estado). A la visión homogeneizante de lo indígena, donde las mujeres se volvían el ícono emblemático del mestizaje y la transmisión cultural, el discurso neozapatista apeló no sólo a la diversidad étnica y el multiculturalismo sino también a lo que Millán llamó una “nueva relacionalidad del género”, donde hombres y mujeres fueran valorados por igual, tanto al interior de las estructuras militares neozapatistas como de las comunidades de base.

Con dicha estrategia discursiva, el EZ devolvió a la nación de Estado el reflejo de sus propias estructuras racistas, clasistas y androcéntricas, pero también anticipó un nuevo espejo donde las mujeres indígenas, en su diversidad, pudieran reflejarse y verse a sí mismas como sujetos activos que forman parte y construyen su propia idea de nación.

–Segundo juego. Los feminismos mexicanos de cara al espejo neozapatista

Al incluir la variable género y proponer una nueva relacionalidad del mismo, el EZLN interpeló directamente a los feminismos mexicanos, a sus agendas y quehaceres políticos. Sin embargo, de frente al espejo neozapatista, las tensiones entre las distintas corrientes impidieron un diálogo profundo con este movimiento. Márgara Millán muestra cómo, por una parte, el feminismo urbano y mestizo, pensado desde el esquema clásico liberal, no alcanzó a comprender la complejidad cultural desde la cual se nutren las identidades de género indígenas ni las tensiones o conflictos que las articulan. Las categorías respecto a la autonomía y libertad, en principio, abstractas,

vacías de contenido y con pretensiones generalizantes, mostraron más bien sus límites frente a demandas provenientes de realidades ajenas a la suya. Por otra parte, los feminismos locales, si bien más cercanos a la diversidad cultural indígena, cuestionaron el autoritarismo, propio de las estructuras militares neozapatistas, y se vieron limitadas por sus propias agendas de lucha. Todo ello impidió tejer los tan necesarios “vasos comunicantes” de los que habla la autora.

–Tercer y último juego. San Miguel Ch’ib’tik frente al espejo neozapatista

Finalmente, el neozapatismo interpeló a las mujeres que pertenecen a las comunidades de base. Millán va aquí del campo de los discursos y las representaciones al de las auto-representaciones, es decir, a los procesos de apropiación que subyacen a las elaboraciones identitarias. Las mujeres, y por qué no decirlo, los hombres, encontraron en la imagen devuelta por el espejo neozapatista, la posibilidad de cuestionar y/o resignificar las representaciones y roles de género que prevalecían en la comunidad, y con ello, producir *nuevos modos de ser mujeres u hombres tojolabales*—aunque no sin generar tensiones o resistencias en el seno de la comunidad. La autora nos da cuenta entonces de los lentos y complicados procesos a través de los cuales un orden social y de género concreto se ha venido modificando a la luz de la irrupción del movimiento neozapatista.

Ahora bien, el libro de Mágina Millán no sólo resulta sugerente porque hace visible la impronta que el neozapatismo deja en el entramado de discursos y representaciones que conforman la nación mexicana, y/o las agendas feministas. El último espejo del que hablo, la imagen que el neozapatismo devuelve a las mujeres tojolabales “de a pie” sobre sí mismas y sus relaciones con los demás, nos recuerda que, además, estamos frente a un estudio antropológico y sociológico cuya mirada situada, crítica y feminista ofrece instantáneas sumamente valiosas a propósito de la dinámica cultural y sus posibilidades de resignificación. En las líneas que siguen haré una breve mención de algunas de esas instantáneas.

Mágina Millán considera a la cultura en un sentido amplio. Se trata de un horizonte significativo dinámico y heterogéneo que no está exento de tensiones, ni mucho menos de conflicto. La cosmovisión tojolabal conforma así una matriz de sentido que opera bajo el cruce de las estructuras genéricas y etarias donde se privilegia lo mayor y lo masculino, en detrimento de lo menor y lo femenino. Pero no se agota ahí, la teología india de la que abreva contiene también una tendencia profundamente simétrica: el *lajan, lajan* o lo parejo, subvierte, o al menos matiza las asimetrías etarias y genéricas, y apunta a un estado de igualdad y complementariedad entre los miembros de la comunidad. Desde este universo de sentido, que como podemos ver es diverso y contradictorio, se han tejido las representaciones y prácticas que nutren la vida comunitaria de San Miguel Ch’ib’tik, pero también los roles y referentes

identitarios de género de las y los tojolabales. Serán las situaciones concretas que enfrentan las y los indígenas las que decidan hacia dónde tiende la balanza: si hacia las asimetrías o hacia las solidaridades, por ejemplo, entre hombres y mujeres, si se quiere ver en términos de género; o entre suegras y nueras, si se considera la variable generacional.

Sobre estos procesos, ya de por sí complejos, la autora nos narra con suma maestría cómo el movimiento neozapatista irrumpe en la comunidad con la pretensión de crear una “nueva relacionalidad de género” cuyo eje sea la igualdad. Al mismo tiempo nos advierte que esto no ha sido un proceso sencillo ni mucho menos en una tarea acabada.

Así, Millán hace hincapié en cómo las posibilidades de transformación y resignificación cultural no pueden ser pensadas como rupturas tajantes sino más bien como un juego de afinidades y rechazos entre distintos elementos y prácticas culturales. En ese sentido, la irrupción neozapatista obligó a la comunidad a repensarse a sí misma, pero fueron las afinidades discursivas y representacionales las que permitieron que el neozapatismo encontrara un eco en la cosmovisión tojolabal. En lo que se refiere al género, tales afinidades se produjeron en torno a la posibilidad de entender las oposiciones simbólicas de lo femenino y lo masculino, como pares complementarios, y no del privilegio que ha operado históricamente a favor de lo masculino. La tendencia a la simetría en las relaciones sociales, *el lajan, lajan*, nos dice la autora, se vuelve el elemento cultural que facilita la paridad de las relaciones entre hombres y mujeres y, por ende, adelanta nuevas experiencias para ambos colectivos.

La matriz cultural respecto al género se amplía y con ella el horizonte de lo pensable y de lo posible para los individuos. Se van gestando nuevas prácticas y representaciones que definen nuevos modos de ser mujer u hombre tojolabal. Por ejemplo, las preocupaciones de las mujeres con relación al matrimonio (que decidan por ellas, que las jueguen como si fueran un objeto o que las agredan física o verbalmente) se vuelven un reclamo cada vez más legítimo frente a la comunidad, preocupaciones que *redefinen no sólo las posibilidades de ser sino también las del ser con otros*. Asimismo, las mujeres, jóvenes e insurgentas sobre todo, encuentran en la resistencia neozapatista un camino que les había sido vedado: la posibilidad de alargar la soltería. Permanecer soltera emerge como una práctica con un doble significado: si bien continúa siendo estigmatizada, también se convierte en un anhelo que encara y resiste las desigualdades matrimoniales en el seno de la comunidad.

Y, por último, la resignificación cultural también se hace cuerpo. La paridad promovida por el *lajan, lajan* y la nueva relacionalidad de género neozapatista no pasa sólo por la resistencia a ser violentada o el cuestionamiento de las representaciones y prácticas tradicionales; también se adquiere como disposición corporal, por ejemplo, en la

seguridad y fuerza que las mujeres tojolabales ganan con la experiencia neozapatista. El aplomo y el valor, en suma, la seguridad adquirida en la experiencia de la lucha, se porta en el cuerpo como apropiación del mundo más allá del ámbito de lo doméstico. Ahora bien, esta resignificación, nos dice Millán, también tiene sus límites. La reconfiguración de la cosmovisión tojolabal a partir de la experiencia neozapatista ofrece espacios de reacomodo, pero no modificación total. Por ejemplo, si bien el neozapatismo coadyuvó a que las mujeres salieran de las comunidades, no supuso que éstas lo hicieran desde un marco significativo completamente ajeno, por ejemplo, el del feminismo liberal –que apela a la autonomía de las mujeres con relación a una individualización cada vez más exacerbada. La comunidad, al igual que otras, buscó una salida que mediara entre el respeto al orden tojolabal (en términos de género y del par mayor/menor) y las exigencias neozapatistas. Así, las mujeres salieron pero acompañadas: padres e hijas, tíos y sobrinas, y siempre y cuando éstas no descuidaran los deberes para su familia o la comunidad. En suma, esta investigación nos recuerda cómo la agencia se encuentra mediada por el contexto sociohistórico del individuo.

Finalmente, quisiera destacar que este trabajo también atiende las dificultades que entrañan dichos procesos de resignificación, pues las afinidades entre la cosmovisión tojolabal y el neozapatismo no eliminan las tensiones y conflictos entre ambos. Por una parte, la *doxa* de género, que privilegia lo masculino y lo mayor, encuentra en las mujeres mayores un bastión de resistencia frente al cambio. Son las mujeres mayores, nos dice Millán, quienes si bien están de acuerdo con ciertas prácticas igualitarias, prefieren respetar las jerarquías tradicionales de género, dentro de las cuales se juega el sentido que su propia vida ha tenido. Por la otra, los hombres tojolabales también se resisten a perder sus privilegios. Por ejemplo, nos comparte la autora, la fiesta del 8 de marzo ilustra cómo las estrategias discursivas –que alegan la paridad entre hombres y mujeres– se adelantan a las prácticas cotidianas de las cuales depende el desarrollo de la fiesta: las mujeres pasan toda la mañana preparando los tamales para festejar su día mientras los hombres descansan y son alimentados primero.

Sin duda, esta instantánea nos recuerda que el camino hacia la paridad es largo y sinuoso, pero no por ello imposible.

Márgara Millán, *Des-ordenando el género/¿Des-centrando la nación? El zapatismo de las mujeres indígenas y sus consecuencias*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/Del Lirio, 2014, 356 pp.